

LAS PUPILAS DE AL-MOTADID

I

La luna se elevó majestuosa, semejante a un escudo de plata enrojecida, sobre las lejanas colinas cubiertas de cipreses, y en la cúpula del firmamento fueron adquiriendo relieves precisos y nítidos contornos metálicos, algunos cirrus, esparcidos y dispersos, como frágiles vellones de humo blanco en la indolencia serena y suave del azul profundo y cristalino de los diáfanos cielos de Oriente.

La marmórea terraza, perfumada por el aliento tibio y húmedo, casi humano, de los últimos rosales, resplandeció de súbito, en una fúlgida alborada de plata y nieve, bajo la fantasmagoría de aquella pálida luz del plenilunio, que al filtrarse entre los encajes y los alicatados de los arcos, parecía descender, trémula de emoción, con una suavidad religiosa, a través de mórbidos velarios de misterio.

Las rosas fueron adquiriendo vivas tonalidades de rojos terciopelos, y semejaban, bajo el encanto melancólico del luar, extrañas copas desbordantes de sangre.

Las pálidas campanillas, cuyos cálices hechos de fragilidad y de ensueño, llamaron los poetas:

«álitos de Luna en flor», se abrieron estremecidas, a la mística evocación de la luz, como maravillosas y encantadas florescencias de nacaradas madreperlas.

La noche entera tenía, en el recogimiento de las frondas y en el silencio marmóreo de los patios del Alcázar, una poesía grave y profunda, de fascinaciones inauditas.

El Califa Al-Motadid exploró ansiosamente desde la florida terraza la vasta y cóncava serenidad de los cielos estrellados.

Una insólita tristeza milenaria se agudizaba en sus grandes ojos taciturnos, dándole a la voracidad de su mirada, inexcrutable como un abismo sin fondo y devoradora como el incendio de un volcán, todos los múltiples y acerados reflejos de esas bellas y finas armas que los espaderos de Damasco cincelan, bruñen y esmaltan como las joyas más dignas de fulgurar en el esquelético seno de la Muerte.

Se decía que en la impenetrabilidad de aquellas miradas, Dios había encerrado uno de sus más grandes e irrevelables misterios.

Los campesinos afirmaban, temblando de pavora, que bajo su influjo las tierras más fértiles se tornaban estériles, y los árboles más frondosos se secaban, hasta en sus más ocultas raíces, como bajo la fulminación sulfúrica y tempestuosa del rayo.

Algunos astrólogos aseguraban que ante el brillo sobrehumano de aquellos ojos, la madre Noche había engendrado en sus entrañas de sombra dos nuevas y lejanas estrellas.

Era punto de fe en todos sus dominios que el Califa Al-Motadid veía aún con las pupilas cerradas, y que sus párpados, por el largo ejercicio de aquella mirada, habían adquirido una transparencia de gasa.

El Califa conocía el mágico poder de sus ojos, el dominio que tenían sobre todas las cosas y la sugestión y hasta la servidumbre a que obligaban a todos aquellos que se atrevían a contemplarlos.

Y para que en toda hora y en todo tiempo resaltase imperiosamente su deslumbrante fulgor, había abolido por completo de sus regias vestiduras los colores vivaces, los ornamentos de seda, las franjas de plata y los flecos de oro.

Un amplio albornoz de un negro fosco y duro envolvía majestuosamente su grácil y esbelta figura, como un manto de eternidad y de sombra.

Su cuerpo, así envuelto, asumía un no sé qué de inmaterial, de casi impalpable...

Parecía una sombra emigrada de un fabuloso reino de ilusiones y de ensueños, para subyugar a los hombres con la luz extraña y sugestiva, dominadora y fascinante de sus grandes ojos crueles.

El sabio Yusef ben Moawia, aquel que por su gran elocuencia era llamado por los doctos del Irak *el perenne manantial de oro*, llegó desde la obscuridad de su retiro lejano a la Corte del Califa, con objeto de visitarle.

Conocedor de la obsesionadora influencia de los ojos de Al-Motadid, quiso presentarse a su vista en una mañana en que la suavidad del alba diluía en el cielo su plata más clara y su azul más puro

El sabio, después de largas horas de meditación había pensado al partir:

«Los prodigiosos ojos dominadores no podrán lucir con toda su intensidad bajo la deslumbrante claridad del cielo.»

Mas apenas llegó a la presencia del Califa, no tuvo más remedio que inclinar agobiado la frente y comprimir los párpados con sus manos, con aquellas manos rugosas y amarillas como los viejos pergaminos sobre los que tantas veces había visto azulear la luz de la aurora, en sus largas viglias de estudios y meditaciones.

Mas los amplios y claros cielos del alba no tenían poder ninguno sobre los ojos del Califa, porque éste, para recibir con todo honor al sabio, había querido darle audiencia en el maravilloso salón llamado «El milagro de los ojos», una vasta sala recamada de sedas negras, con el trono de mórbidos terciopelos del mismo color.

Al-Motadid, envuelto majestuosamente en el amplio albornoz de velos oscuros, que adensaba en sus pliegues toda la fosca tristeza de la sombra, dilatando sus bárbaros ojos, en una expresión de dominio, dijo a Yusef ben Moawia:

—Aquí me tienes ya, en mi propia luz, ¡oh, docto entre los doctos!... ¡Habla!...

—¡Deja que me sustraiga antes del poder de tus ojos, y hablaré!...—repuso con voz grave y sentenciosa, en la cual se insinuaba ya un estremecimiento de terror, el sabio del Irak.

Y el Califa repuso lentamente, dando a sus palabras agudezas de estilete, y agrandando más el dominio negro y centelleante de sus pupilas:

—Tú debes sentir ya, hasta en lo más profundo de tu alma, el fuego devorador de mis ojos. Mi mirada quema toda tu sabiduría. Tu pobre y mísera ciencia no puede ni sabe penetrar en el misterio de mis pupilas...

—¡Oh, Al-Motadid, Emir de todas las luces, hoy mi sabiduría se ha consumido ante tus ojos, y sólo de ella quedan pavesas!.. Tu fuego la ha abrasado, y tu aliento la dispersa como el viento del desierto barre las últimas cenizas de las fogatas de las caravanas.

El Califa se sonrió con una sonrisa enigmática, que hizo más profunda la noche de sus ojos y más aguda la fulguración de su mirada:

—Podrás reencenderla, recuperar toda tu ciencia, si eres capaz de contemplarme cara a cara, durante tres segundos, sin cerrar los párpados...

Hubo un silencio ahogado por la ansiedad y la angustia, después que en las altas y espaciosas del extraño y misterioso salón, se extinguieron burlescamente, los pausados ecos de las últimas palabras del Califa.

Sólo se oyeron, como signos de vida, como únicos latidos de esperanza, en el anonadamiento infinito y pétreo de aquel instante decisivo, los aleteos medrosos de pájaro prisionero del corazón del sabio, al agitar las pesadas y fastuosas sedas de sus ropajes, y el gotear fugitivo y monótono de alguna vieja clepsidra, donde el cansancio inmemorial del Tiempo desgranaba, una a una, con avaricia de perezoso, las perlas fugaces y trémulas de sus eternos collares de llanto.

Dos esclavos etiopes mudos y negros como la

misma sombra, dierou escolta al sabio hasta el patio exterior del maravilloso Alcazar, bajo cuyos cipreses se amontonaba una abigarrada muchedumbre, venida de los cuatro confines de la tierra, para ofrecer sus dones al muy alto y poderoso Emir de los creyentes, el Califa Al-Motadid, gloria del Islam y espada de la justicia...

Y aquella mañana, el sabio Yusef ben Moawia, llamado por su elocuencia y su sabiduría, entre los doctos más famosos del Irak, «el perenne manantial de oro», salió inmémoro del salón del trono, y no recordó en toda su vida más que el fulgor malvado y deslumbrante de aquellos ojos infinitos de crueldad y de malicia.

II

El poeta Abdemelik el Coraichita, glorioso en todo el Oriente, por sus estrofas venenosas de olvido como las flores del loto, tiernas y suaves como el pálido azul del asfodelo y ricas de imágenes como las túnicas de los ídolos, había exaltado en largos versos, movibles y frescos como la hierba de las praderas, la maravillosa belleza y el mágico poder de los ojos del Califa.

El poeta había apenas entrevisto aquellos ojos, en una ceremonia cortesana, a través de una larga fila de soldados etiopes armados de lanzas de oro y escudos de plata.

Las estrofas en su loor quiso que fuesen reca-

madas con seda turquí y perlas, sobre un cojín de raso negro, por las manos patricias de una mulsumana, célebre en Bagdad, por haber bordado sobre un velo, más sutil y frágil que las alas de las libélulas, los más bellos versículos de las suras koránicas.

Mas después que el cojín, perfumado por los más raros y embriagantes aromas del Arabia, y encerrado en una rica caja de sándalo, fué llevado a la presencia del Califa, y éste, con voz clara y sonora, casi metálica, leyó, ante el fasto de la Corte, las rítmicas y brillantes estrofas en alabanza de sus ojos y admiró lo maravilloso del bordado, desde aquel momento, el poeta Abdemelik el Coraichita, el más famoso de Oriente, no supo encontrar rimas para sus kasidas ni imágenes ni ritmos para sus gacelas, y las manos patricias de la célebre bordadora de Bagdad perdieron sus virtudes milagrosas y jamás consiguieron enhebrar una aguja.

Los fatales ojos de Al-Motadid habían consumido en su hoguera interior todas sus aptitudes, dejándoles inmémoros para el arte.

También el músico Aliatar, que había sabido extraer de miles instrumentos sonoros océanos de melodías, que hacían naufragar el ánimo de los oyentes en abismos de las más insólitas dulzuras; también el músico Aliatar, que había maravillado todo el Oriente con el encanto de su guzla, entonando en alabanza del Señor canciones tan sinceramente religiosas que hacían presentir a los corazones las sobrehumanas alegrías del Paraíso, no pudo arrancar una sola nota a las cuerdas me-

lódicas, después de haber elogiado con musical fervor los ojos del Califa.

Había compuesto una suprema página de ternura y de delirio, en la cual las notas vibraban, oscilaban y gemían como las florestas agitadas por el huracán.

Cuando las guzlas, en las noches sin luna tañidas por ágiles dedos expertos, propagaban, en el divino silencio ébrio de aromas y cálido por la respiración vegetal de las plantas, la armonía subyugante de aquel elogio, las cadencias se fundían en el aire, se encendían con la fosforescencia de aquellos ojos y se alejaban por el espacio ilimitado, perdiéndose en la obscuridad de la sombra, como miriadas de luciérnagas.

El Califa Al-Motadid no oía las notas, mas las veía llegar en la sombra, absorbiéndolas con el fulgor de sus ojos.

El músico, después de aquella página, vió de repente encanecer su juventud, esterilizarse su corazón para todos los afectos y extinguirse en su alma todas las pasiones.

Se hizo taciturno, solitario, ávido solamente de arrastrar sus largos cabellos blancos en los frescos silencios de las cavernas, en las plácidas soledades de los ríos o entre las umbrosas melancolías de los boques, donde a su presencia hasta los ruiseñores enmudecían y las mismas serpientes se ocultaban despavoridas entre los ásperos matorrales.

En vano, en la soledad polvorienta de los rincones de su tienda, las cuerdas de las guzlas espararon para encantar a la noche con su armonía

suave y temblorosa, las ágiles y expertas caricias de sus manos; de aquellas pobres manos que hoy eran sólo como secas raíces y como inútiles despojos de un rosal florecido, agostado y muerto en plena primavera.

III

Fátima, la hija predilecta de Abdemelik, el más famoso guerrero de la corte del Califa, era de tan sobrehumana belleza, que de ella se contaba, que como un día de sopor se quedase dormida en el encanto fragante y umbrío de un kiosko de su jardín, un paje que por allí pasaba, viendo, por vez primera, su hermoso semblante libre de la prisión del velo que constantemente le encubría, se quedó admirado, inmóvil, sin atreverse a respirar, y después de contemplarla largo rato en un silencio religioso, huyó como un loco, y púsose a gritar frenético en los patios de alcázar de su señor:

—«¡Bendecido y alabado sea el nombre santo y puro de Alhá!

Su Omnipotencia protege a nuestro señor, el glorioso Abdemelik, terror de los infieles y martillo infatigable de los paganos.

Los jardines de Abdemelik son los jardines del Paraíso, que el Profeta prometió a los verdaderos creyentes, pues en ellos descienden a reposar las huríes...

Mis ojos han visto una, la más bella de todas dormida en un banco, en el kiosko de los cipreses.

Su rostro era blanco y bello como la luna llena cuando aparece en las cimas nevadas del Líbano.

Su aliento embriaga como el olor de los nardos, y sus cabellos son negros como las alas fabulosas del roc.»

Cien poetas habían loado su nombre.

Y todas las noches, bajo la serenidad azul y plata de los altos cielos de Oriente, en la soledad fragante a rosas y jazmines de su calleja, las guzlas desfallecían de amor al pie de sus celosías, mientras los surtidores y los arrayanes de los huertos perfumaban el silencio de un amargo y fresco anhelo de imposibles amores.

De lejanos países llegaron los más gloriosos emires y los más ricos mercaderes a poner a sus plantas las más fuertes y victoriosas cimitarras y los más ricos y fabulosos tesoros, por obtener siquiera una sonrisa de sus labios o una mirada compasiva de sus ojos, donde se abrían, entre un negror de tinieblas, las más divinas claridades de los cielos.

Y todos tornaron de nuevo a sus países sin la esperanza de su amor, pero con la soberbia alegría de haber dado a sus pobres ojos mortales, siquiera fuese por un momento solo, el supremo placer de haber reflejado, en su fondo, como en un espejo encantado, la más bella y milagrosa creación que Dios había arrojado sobre la tierra.

Y muchos jóvenes guerreros, heridos por sus desdenes y buscando un olvido para su amor, ha-

bían volado, en sus potros, a buscar la muerte en los combates, y su nombre fué la única oración que se escapó de los labios, al caer, atravesados por una laza o malheridos por un venablo enemigo, en sus algaradas a las fronteras de los cristianos.

En su honor, el poeta Ayub el-Medini, había compuesto esta kasida, que aun recitan los beduinos, a la puerta de sus tiendas, mientras los camellos dormitan al amparo de las empalizadas, y los perros, vigilantes, enseñan a la luna los acerados reflejos de sus carlancas y el blancor lívido y agresivo de sus dientes feroces:

—«¡Noble alazán! Tus cascos hieren el duro suelo;
tus piernas se estremecen. Con las cerviz erguida
relinchas, las pupilas clavadas en el cielo,
ansiendo que mis manos te abandonen la brida,
para tender al viento de la Noche, tu largo
cuello, en el raudo empuje del galopar experto,
entre nubes de polvo, vibrante como un dardo,
barriendo con tus crines la arena del desierto...
El oro de la Luna corona el alto monte...
¡Que humeante devore tu nariz dilatada
las horas y el espacio, y vuele el horizonte
bajo las tempestades de tu planta ferrada!
Lejos, muy lejos queda su aduar. Acallando
con su voz el furioso gruñir de los mastines,
de pie, sobre un vallado, mi amada está espiando
tu humeante silueta por los anchos confines!
Postrados de rodillas los camellos dormitan,
los rebaños se agrupan en los viejos corrales,
sus troncos se contraen y sus flacos firitan
cuando rugen leones o aullan los chacales.
Los nobles toros braman, amparando en sus ancas